

Una de las causas que hace criminal la posesion de las riquezas, es la falta de reconocimiento á Dios que se ha dignado concederlas: los ricos dejarian de vivir en el pecado si recordasen con frecuencia los fines á que están destinados sus bienes. Si los pobres tienen derecho á esperar el reino de los cielos cuando sufren con paciencia sus miserias, tambien los ricos tienen igual derecho cuando usan de sus bienes con liberalidad. Dios no quiere que se condene el rico, ni que se condene el pobre: y aunque en el Evangelio se conmina fuertemente á los ricos, es á los que no contribuyen con sus bienes á la gloria de Dios, á la edificacion y socorro de sus hermanos, y á su propia santificacion. Mas recibiendo con reconocimiento los bienes que Dios les ha concedido, poseyéndolos como aconseja el apóstol, se desprenderán con facilidad de ese afan por conservarlos, y de esa solicitud por aumentarlos. Entonces las pérdidas les serán menos sensibles, y descargados del peso peligroso que los oprime, caminarán con mas libertad por el camino de la salvacion. Entonces sacarán de estas riquezas mismas abundantes recursos de salud, y restablecerán los derechos que tal vez tienen perdidos.

Continúa el Evangelio diciendo que Jesucristo partió el pan y le dió á sus discípulos para que lo distribuyesen; y ved aquí otra leccion importante de moral, para los amos y padres de familia. Cuando por un efecto de compasion querian remediar las necesidades de vuestros hermanos, haced que vuestros hijos y domésticos sean los inmediatos dispensadores, para que de esta suerte se vayan acostumbrando á conocer sus obligaciones, y viendo por sí mismos las necesidades de los pobres, se interesen en su socorro. Cuando tenemos una idea vaga de las miserias, y las vemos de lejos, solo manifestamos una compasion estéril; mas cuando nos acercamos á la habitacion del infeliz, palpamos su estado deplorable, y le vemos rodeado de unos hijos hambrientos y desnudos, la misma naturaleza nos enternece y produce en nosotros una tierna compasion.

Los apósteles cumplen con las órdenes de su divino Maestro, y reparten el pan y los pocos peces que habia; comieron

todos, se saciaron, y sobraron siete canastos. ¿Nos admiramos de este prodigio? pues cada dia se repiten otros muchos y acaso mayores. ¿Por ventura se necesita menos poder y bondad para fertilizar nuestros campos, y para producir cada año los frutos que se necesitan para mantener tantos millones de hombres y animales que pueblan la tierra, que para saciar cuatro mil hombres en un desierto? El grano de trigo se deposita en la tierra, muere y se reproduce en abundancia. ¡Pero qué mas! El pan de los ángeles se multiplica diariamente en nuestros altares, y Jesucristo á la voz de los sacerdotes se hace alimento de nuestras almas. ¡Ah! que no nos faltan prodigios, y mayores que aquel; lo que nos falta es un corazon agradecido. Si tenemos fé, recibamos con reconocimiento los beneficios que nos concede la Providencia, y con resignacion las aflicciones y penas que nos envia: correspondamos á sus cuidados con dócilidad; refrámos nuestros talentos y nuestras obras á Dios, como principio y fin de todas las cosas: seamos liberales con nuestros prójimos, remediando sus necesidades del modo que podamos: en Dios y en solo Dios, pongamos toda nuestra esperanza, como que él solo es el remunerador de los hombres, el santificador de las almas, y el objeto de la bienaventuranza.



DOMINGO SEPTIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

“Pueblos esparcidos por todo el mundo, aplaudid con festivo palmoteo, manifestad con mil exclamaciones de gozo la parte que tomáis en la gloria de vuestro Dios; porque el Señor es el Altísimo, el Rey grande y terrible, cuyo imperio se extiende á toda la tierra.” Estas palabras entusiásticas, estos gritos de alegría, estas aclamaciones tan propias de un dia de triunfo, las ha escogido la Iglesia para el introito de la misa de este

dia. Este salmo, que se cree haber sido hecho para la vuelta del Arca despues de alguna insigne victoria, es una profecía clara del triunfo de Jesucristo sobre todo el infierno y del de la Iglesia sobre los gentiles y sobre todas las heregías. El Arca, llevada en triunfo al monte santo, es una figura bien expresa de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos entonces por los judíos, nos representan perfectamente á los gentiles y á todas las naciones del mundo sometidas á la Iglesia. En efecto, ¿qué triunfo mas glorioso, qué victoria mas completa que la de la fé? El profeta que tenia ante los ojos del espíritu esta maravilla, ¿no tenia motivo para exclamar: pueblos de la tierra, aplaudid vuestra dichosa suerte; saltad de gozo al acordaros de vuestra dicha, y con vuestras acciones de gracias y vuestras aclamaciones celebrad una tan admirable victoria? Esto es lo que la Iglesia parece proponerse en el discurso del año, despertando de tiempo en tiempo nuestra fé con estos pasages que toma de los libros santos, y acordando á los fieles en el oficio de los domingos estos milagros permanentes.

La epístola de este dia se tomó de la instruccion que San Pablo da á los fieles para hacerles observar en la vida nueva de la gracia una conducta diferente de la que tenian cuando estaban en la servidumbre del pecado, diciéndoles: “Os hablo como hombre, por motivo de la flaqueza de vuestra carne;” como si dijera, conociendo vuestra flaqueza, no os pido nada que sea muy sublime ni que pueda pareceros demasiado difícil: “solamente os pido que para agradar á Dios, hagais lo que tantas veces habeis hecho para agradar al mundo, para satisfacer vuestras pasiones, y para saliros con vuestros frívolos y quiméricos intentos. Traed a la memoria todo lo que habeis tenido que sufrir en el servicio del mundo, ¿qué sujecion á sus duras y ridículas leyes! ¿qué violencia, qué tormento mas universal! En él se hallan tantos amos, como concurrentes, con quienes es menester contemporizar y á quienes no se debe desagradar. ¿Qué servidumbre mas dura que la del pecado? ¿Qué tiranía mas cruel que la de las pasiones? ¿Cuánto cuesta el satisfacerlas! No háy estado en que sea uno mas esclavo que en

el del pecado, ninguno en que haya mas que padecer y en que se haya de hacer uno mas violencia; y de todos estos trabajos, de todas estas sujeciones, de todas estas penas, ¿qué fruto se saca? ¿qué ventajas? Turbaciones, temores, inquietudes en el espíritu, amargura, tédios mortales, tristeza en el corazon, y lo que es peor, suplicios eternos despues de esta vida. Dios nos promete en su servicio una bienaventuranza eterna, una vida llena de dulzuras espirituales, y tambien una libertad acompañada de una dulce paz; no nos pide, como podia, todos los trabajos, toda la violencia, todos los amargos sinsabores que se encuentran en el servicio del mundo. ¿Rehusaremos servir á Dios, guardar sus mandamientos, vivir segun las máximas del Evangelio? ¿No nos avergonzamos de proponer estos motivos naturales é interesados? ¿Debe Dios ser amado y servido por otro motivo que por la honra y el gusto de agradarle? ¿El mismo Dios no es un motivo suficiente para obligarnos á amarlo? Pero condesciendo con vuestra flaqueza, para que los miramientos caritativos y de compasion que tenga por nosotros nos lleven á obrar por motivos mucho mas perfectos. Así como hicisteis servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el delito, así hacedlos servir ahora á la justicia para ser santos. Por el bautismo habeis sido hechos templos de Dios; ¿no debeis, pues, purificar este templo, que ha sido manchado con tantas abominaciones é inmundicias? La gracia del bautismo lo ha blanqueado, es menester que la penitencia lo adorne. La impureza, la soberbia, la gula y todos los otros vicios os habian hecho un objeto de horror á les ojos de Dios; es necesario, pues, que la humildad, la pureza, el ayuno y la práctica de todas las virtudes cristianas os hagan un objeto de complacencia á sus ojos.” Estas palabras del santo apóstol, bien consideradas, son capaces de hacer conocer á todo hombre de juicio el ningun provecho que se saca de los placeres y honras vanas de esta vida. Vosotros, dice á los romanos, os entregasteis á todos los deseos de vuestro corazon, fuisteis la víctima de vuestras pasiones: ¿qué no habeis hecho para agradar á un mundo, ó por mejor decir á un

tirano de quien estabais hechos esclavos? ¿Y qué ventaja hallasteis en aquellas cosas de que ahora os avergonzais, pues el fin de todas ellas es la muerte? El desarreglo de las costumbres, los deleites criminales cuestan mucho y no dejan sino arrepentimientos y pesares. ¿Qué provecho sacan los pecadores, aun los mas dichosos, de sus pecados? El deleite, que fué como la flor de sus culpas, pasó en un instante y solo quedaron los remordimientos, la turbacion y la vergüenza, que son los frutos amargos de la iniquidad. ¿Qué les queda á todas las infelices víctimas del infierno, de todas sus injusticias, de su licencia desenfrenada, de todos sus pecados? Una eterna desesperacion, mucho mas amarga y dolorosa que las llamas que los devoran: veis aquí cuáles son los frutos de sus delitos. Y cuando el pecado hiciera al hombre dichoso sobre la tierra, ¿qué se puede ganar, cuando se pierde uno por una eternidad?

Mas ahora, libres del pecado y sujetos á Dios, la ventaja que hallais en esto es vuestra santificacion, y el fin la vida eterna. Veis aquí lo que se gana en el servicio de Dios, una paz inalterable de corazon, una conciencia sosegada, un gozo interior, una vida llena de las mas castas delicias, y ¡qué consuelo á la hora de la muerte y por toda la eternidad! Una felicidad sin medida, sin intervalo, sin límites.

El evangelio de la misa de este dia nos enseña á conocer los falsos profetas, y nos exhorta á estar alerta contra sus artificios engañosos, mostrándonos aquel admirable sermón que hizo Jesucristo á sus discípulos y á una infinidad de gentes que se habian juntado en un llano á la falda del monte en que habia pasado en oracion toda la noche. Despues de haberles enseñado la bienaventuranza, es decir, las fuentes de la verdadera felicidad, y haberles dado muchos preceptos y máximas espirituales que encierran casi toda la moral cristiana, quiso prevenirlos contra los lazos y artificios de los hereges y de todos aquellos de quienes se serviria el demonio para perderlos y deslumbrarlos con unas exterioridades hipócritas y engañosas. Ninguna cosa es mas fácil que engañar á las almas sencillas cuando se tiene un exterior devoto, estudiado y edificativo.

como la caridad es siempre en parte el carácter de las almas buenas, no pueden creer que sean malos los que no muestran nada que no sea bueno. Un aire modesto y mortificado, una afectacion devota y austera, deslumbran, y como no desconfiamos de ellos, fácilmente quedamos engañados. Conociendo el Salvador lo peligroso que era este artificio, y previendo los grandes daños que ocasionaria en todos tiempos este artificio hipócrita, quiso prevenir á sus discípulos y enseñarles á aborrecer á estos lobos disfrazados con piel de oveja.

Guardaos, les dice el Salvador, de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestiduras de ovejas y que por dentro son unos lobos rapaces. Ninguna cosa deslumbra mas que el artificio de que se sirven; un exterior que no presenta nada que no sea loable, engaña fácilmente; un aire de devocion, de mortificacion, de mansedumbre y de modestia, á veces no es otra cosa que un exterior de oveja que toma un falso doctor, que solo se ha disfrazado para dañar con mas seguridad. Así es que, dice el Salvador, por sus frutos los conoceréis: esta prueba nunca fué inequívoca. ¿Por ventura se cogen uvas de las espinas, ó higos de los cardos? Por los frutos se juzga de la naturaleza del árbol: tal es el fruto cual es el árbol, y tal el árbol cual el fruto: la señal y prueba es recíproca; así como no es posible que un fruto bueno venga de un árbol malo, tampoco es posible que un árbol malo lleve buen fruto. No pareis en esos exteriores deslumbradores, dice San Gregorio, porque los lobos se pueden cubrir con piel de oveja. Es verdad que por poco que se les observe de cerca, se descubre bien pronto el engaño; porque una piel prestada, no dá ni la voz ni las inclinaciones del animal, cuya es por naturaleza. Así como una humildad sincera, una caridad universal, una devocion ingenua, una mansedumbre sin ficcion, una austeridad sin ostentacion, un celo que nada tiene de excesivo, nada de amargo, distinguen al verdadero pastor que debemos seguir del lobo que debemos huir. No os fieis de un celo que jamas pierde de vista sus intereses, de un celo que impone cargas insoportables sin querer él tocarlas ni aun con la punta del dedo; de una devo-

cion sin caridad, de una caridad en que reine la aceptación de personas. Los cardos no pueden llevar higos, ni las espinas uvas. ¿Pero que se hace, dice el Salvador, con un árbol que no lleva buen fruto? Se corta y se echa al fuego. No habla aquí el Salvador de un árbol estéril, habla de un árbol que lleva frutos pero malos. ¡Terrible lección para aquellas personas que hacen muchas obras buenas en la apariencia, pero que solo llevan frutos ásperos, de mal gusto, dañados y gastados por la falta de pureza de intención, ó por motivos depravados. Gente rica al parecer, pero que á la hora de la muerte se halla con las manos vacías. Almas celosas que pueden decir: Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre? ¿No hicimos también en tu nombre muchos milagros? Pero se les responderá: Apartaos de mí, que yo nunca os he conocido: vuestras pretendidas buenas obras han sido frutos de un corazón corrompido por vuestras pasiones y por vuestro amor propio: un árbol malo lleva frutos, pero no es capaz de llevarlos buenos.

No todos los que me dicen *Señor, Señor*, entrarán en el reino de los cielos; es decir, que por mas que se haga profesión del cristianismo y se crea en Jesucristo, no se entrará en el reino de los cielos si no se junta á la fé la observancia de los mandamientos. No basta creer el Evangelio; es menester seguir también sus máximas, hablar de Dios con unción, hablar á Dios con confianza; y no hacer lo que manda, es un error que condena á muchísimas personas. Tu le dices á Dios, *Señor, Señor*, dice el nuevo autor de las Reflexiones Morales, lo reconoces por tu Señor, pero no le obedeces; pues sábete que tú mismo te das la sentencia de tu condenación. ¡Cuántas personas, añade este autor, creen haber hecho cuanto debían para justificarse y santificarse, por haber pasado un tiempo considerable en la iglesia ó en el oratorio! Se debe orar, se debe orar mucho, se debe también, cuanto sea posible, orar continuamente; pero la oración que no nos hace mas fieles en cumplir con nuestras obligaciones, mas sujetos á la voluntad de Dios, mas apacibles, mas caritativos, mas humildes, mas mor-

tificados, mas ejemplares, es una pura ilusión y no puede abrirnos el cielo. El que hace la voluntad de mi Padre celestial, éste si que entrará en el reino de los cielos, dice el Salvador. Ved aquí lo que caracteriza el valor y el mérito de las mejores acciones. Lo que parece mas loable á los ojos de los hombres es algunas veces reprobado por el Señor. El justo vive de fé; pero la fé sin la caridad está muerta, la fé sin las buenas obras es inútil para la eternidad. Es necesario que el corazón y la conducta correspondan á la fé y las buenas obras. Quien atrahe la bendición de Isaac, no es la voz de Jacob sino las manos.

La epístola es del capítulo VI de la de S. Pablo á los romanos.

Hermanos: Voy á decir una cosa (hablando á lo humano, en atención á la flaqueza de vuestra carne), que así como habeis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir á la impureza y á la injusticia para cometer la iniquidad; así ahora los empleeis en servir á la justicia para santificaros. Porque cuando erais esclavos del pecado, estuvisteis exentos del de la injusticia. Mas ¿y qué frutos sacasteis entonces de aquellos, de que al presente os avergonzais? En verdad que la muerte es el fin á que conducen. Por el contrario, ahora habiendo quedado libres del pecado, y hechos siervos de Dios, cogéis por fruto vuestro la santificación, y por fin la vida eterna. Porque el estipendio y paga del pecado es la muerte. Empero la vida eterna es una gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

El evangelio es del capítulo VII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas; mas por dentro son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. To-

do árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los podreis conocer. No todo aquel que me dice: ¡Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Sobre la verdadera y la falsa virtud.

Considera que es de suma importancia conocer bien los caracteres de la verdadera virtud; tanto para que nosotros mismos no nos alucinemos con una apariencia de justificación, como para podernos precaver de los que bajo un exterior morigerado ocultan el veneno de la corrupción y del error. En asunto de tanto tamaño no sobra vigilancia, y el estar sobrea-viso es muy conforme á la prudencia que el Señor nos manda tener donde nos dice: "Sed prudentes como las serpientes, y simples como las palomas." Mas como solo vemos los rostros y no los corazones, el Señor nos da la regla de descubrir estos por los frutos, esto es, por las obras de tales hombres: las palabras engañan, el exterior alucina; pero las obras nos dicen cuál es el corazón de que proceden: un árbol bueno no produce malos frutos, ni el árbol malo los da buenos.

Considera que basta esta regla para conocer á fondo nuestro interior, y descubrir el de otros. Una persona verdaderamente virtuosa tiene puesta la mira en el agrado de Dios, y conforme á esta mira es su conducta; mas el falso virtuoso solo busca su interés, su voluntad, su gusto, y se tiene á sí propio por objeto de sus operaciones. ¿Cómo no ha de ser su conducta diametralmente opuesta á la del verdadero virtuoso? El uno se mortifica, se vence, se sacrifica por Dios: el otro sacrifica los intereses de Dios por darse gusto, y desobedece sus mandamientos por seguir el impulso de su propia voluntad y desordenado apetito. ¿Qué importa que trate de ocultar su corrupción, salvando las apariencias, si al fin se ven los efec-

tos que es imposible ocultar del todo. Unos atesoran y no hacen limosnas: otros aspiran de continuo á dominar á los demás, y no sufren que se contrarie su voluntad: aquellos se recomiendan y gustan de que se les alabe ó lisongee: estos lo sacrifican todo por mantener una amistad peligrosa y de malos visos; en fin, las pasiones y los intereses terrenos siempre se hacen lugar en quien no es de veras virtuoso, y por mas que se disfracen en la economía con que se desarrollan, se descubren y dan á conocer en sus efectos.

PETICION Y PROPOSITOS.

Nada mas peligroso y temerario que ir contra los avisos de la eterna verdad. Si el Hijo de Dios nos dice que nos guardemos de los que vienen á nosotros con pieles de oveja, siendo en su interior lobos carniceros, es de necesidad guardarse, porque el que se expone al peligro, en él perece. Sea este nuestro propósito, y pidamos á Dios que nos haga conocer nuestras propias faltas para que las enmendemos.

JACULATORIA.

Librame, Señor, del hombre malo, guárdame del iniquo y del impío.

LECCION.

Sobre la parábola del Evangelio del día.

Comparándose Jesucristo á un pastor caritativo, nos manifiesta su amor y su bondad: esta idea contiene todo el valor de sus misericordias. En el Evangelio del día de hoy, por una consecuencia de esta comparación, nos describe á los enemigos de nuestra fé como lobos robadores que vienen cubiertos con la piel de ovejas para sorprendernos, entretanto que meditan interiormente los mas crueles designios contra el rebaño

de Jesucristo. Este divino Maestro nos manda guardarnos de estos falsos profetas, es preciso pues, conocerlos para sabernos precaver de sus redes. Dos clases hay de profetas falsos que destruyen el rebaño del Salvador. Los unos, enemigos de su doctrina, se dedican á turbar y alterar nuestra fé: los otros; disgustados de sus máximas, trabajan cuanto pueden para romper nuestras costumbres.

Es dudoso cuál de estas dos clases de falsos profetas causa mas daños á la religion del crucificado: lo cierto es que los golpes que la dan unos y otros, son muy funestos, es preciso por tanto el evitarlos, cerrando los oidos á todo lo que puede alterar el precioso depósito de la fé que recibimos en el bautismo: de este modo venceremos á esos seductores que atacan la doctrina de Jesucristo. ¡Pero qué! ¿habrá hombres parecidos á los falsos profetas de que nos habla el Evangelio del día de hoy? ¡Ah! ¡ojalá y no abundasen tanto en nuestro siglo! En efecto, cuántos hay que bajo la apariencia de regularidad, de piedad y caridad, ocultan las disposiciones mas criminales! ¿cuántos que habiendo sufocado los remordimientos de su conciencia trabajan para familiarizar á los demas con el crimen! Tratan de debilidad de espíritu la justa repugnancia de imitarlos y seguirlos. Ven con desprecio á los que conservan su primera inocencia: ¿cuán propio es el nombre de falsos profetas que da Jesucristo á estos hombres! Ellos, para que los demas les sigan en el camino de la iniquidad, les prometen una paz que en realidad no existe, sino en su imaginacion. Lobos cubiertos con la piel de ovejas, son profetas del vicio y del error. Efectivamente, se venden por amigos nuestros, nos hablan un lenguaje de paz, con la suavidad de su conversacion intentan seducir nuestros corazones y disipar todas las dudas é inquietudes: tal es su arte y artificio; pero ¿son en la realidad tales cuales aparecen en lo exterior? Nada menos que eso: son por dentro, dice Jesucristo, lobos robadores, su lengua es un dardo venenoso que emponzoña el corazon; de su boca sale un tósigo mortal, tanto mas funesto cuanto mas insensible. La pérdida total de la inocencia, el abandono general de todas las

obligaciones, el disgusto de los ejercicios y prácticas de la religion, el desprecio de las verdades mas incontrastables, estos son los frutos que producen; por ellos devemos conocerlos, segun la doctrina del Salvador.

Cualquiera que reflexione sobre el trato del mundo, y sobre lo que le ha pasado á sí mismo, conocerá lo cierto de estas verdades. Las víctimas de estos lobos robadores lo comprueban. Clamemos con el profeta rey, y aprendamos de él la manera de desvanecer sus esfuerzos. Señor, los impíos me convidaron para entrar en su compañía, y me contaron sus fábulas; pero comparando su doctrina y su conducta con vuestra ley, conocí la distancia que mediaba, y los detesté y arrojé de mi presencia. En efecto, la discrepancia de sus obras con la ley, manifiesta su maldad. Jesucristo dice: ¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos, ni el árbol malo llevar buenos frutos.

Si el buen árbol no puede llevar malos frutos, ¿qué! ¿entonces el justo que va por el camino de la verdad no estará expuesto á volver atrás? Y si el árbol malo no puede llevar buenos frutos, ¿qué! ¿ya no podrá el pecador que ha perdido la gracia, reconciliarse otra vez con su Dios? Si tal fuese la doctrina de Jesucristo, el justo tendria motivos de presuncion, y el pecador se desesperaria: la experiencia enseña que muchas veces un árbol bueno degenera y pierde su fertilidad, al paso que otro malo corresponde á los afanes y cuidados del labrador llevando abundantes frutos; porque el justo, disgustado de la virtud, se introduce en los caminos del crimen, y el pecador, cansado de sus remordimientos y fatigado de los peligros que le rodean, comienza á practicar frutos de penitencia y salvacion. El que una vez consiguió la gracia, debe trabajar con desconfianza de su propia flaqueza para no perderla; de otra suerte dará una caída tanto mas terrible, cuanto se halla elevado en gracias y virtudes.

Los árboles de quienes espera el Señor abundantes frutos,

son los cristianos. Ahora bien, si el justo designa la bondad y calidad del árbol, ¿qué frutos hemos llevado hasta el día? ¿Cuáles son las buenas obras que hemos hecho? ¿Caminamos por los senderos de la virtud? ¿Observamos constantemente los preceptos de la ley? ¿Correspondemos á los llamamientos del Señor? ¿Hacemos el uso que corresponde de sus gracias? Si ahora se nos pidiese cuenta de los frutos, ¿no es cierto que nuestra esterilidad excitara la indignación é ira del padre de familias? ¡Cuidado con aquella terrible sentencia! *Todo árbol que no lleve buen fruto, será cortado y metido en el fuego.* Aquí no se condena solo al que lleva malos frutos, ni al que no lleva ningunos, sino al que no los lleva buenos y con abundancia. Solo tiene derecho á entrar en el reino de Jesucristo, aquel cuyas manos son puras é inocentes, y tienen limpio el corazón. Jesucristo el día de hoy nos dice: *Que el que hace la voluntad de su Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.*

Efectivamente, la posesión de la bienaventuranza depende de nuestra felicidad y de la observancia exacta de la ley. Por San Juan se nos dice que los mandamientos del Señor no son gravosos, y que por tanto debemos con nuestras obras manifestarnos dignos ciudadanos del cielo: llevar frutos que nos merezcan la gracia de ser contados en el número de aquellos árboles cuya cosecha se ha reservado el padre de familias. Un hombre, se refiere en otro evangelio, tenía una higuera plantada en su viña, y fué á buscar fruto en ella y no le halló; y dijo al que cuidaba la viña: Tres años ha que busco fruto en esta higuera, y no le encuentro: córtala pues, ¿para qué ha de ocupar terreno? Mas el cuidador respondió: Señor, déjala aun este año, y la cabaré al rededor, y abonaré la tierra, á ver si con esto da fruto, y si no lo diere la cortarás despues.

Lector cristiano, ¿qué efectos ha producido sobre tu corazón esta parábola? ¿Por ventura no eres esa higuera infructuosa que ocupa inútilmente un lugar en el campo del padre de familias? ¿No serás digno de que el Señor manifieste toda su ira, te mande cortar y te arroje al fuego? ¡Ah! y cuán necesaria es para muchos la mediación de Jesucristo, para que el

Dios de las venganzas les conceda otro día, otro año, para que den frutos! Las gracias del Señor han sido sin duda muy abundantes sobre nosotros; él nos ha concedido todos los bienes que necesitábamos para llevar frutos de justicia; pero cansado de nuestra esterilidad, resolverá arrancarnos de una tierra donde ocupamos un lugar tan inútilmente. ¡Qué digo inútil! perjudicial; pues no solo no producimos frutos buenos y abundantes, sino que producimos los frutos mas dañosos. Nuestras malas obras con el escándalo que causan; son unos frutos pestilenciales que inficionan y contagian á cuantos las ven. ¡Desgraciados! tiempo ha que si la ira del Señor no se estuviese conteniendo por las oraciones de los escogidos, hubiéramos sido arrojados á los fuegos eternos. Procuremos, pues, corresponder á sus votos, haciendo en lo sucesivo frutos dignos de penitencia.



DOMINGO OCTAVO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la Iglesia nuestra Madre nada desea tanto como la salvación de sus hijos, todos los domingos junta á los fieles para darles lecciones importantes de salvación, para avivar su fé, para renovar su fervor, para fortificarlos contra los peligros, para alentarlos contra los esfuerzos y estratagemas del tentador, para consolarlos en sus males, y finalmente, para sostenerlos en todos los accidentes adversos de la vida. Así es que en el oficio de este día en el introito, nos recuerda los mas señalados beneficios del Señor; la Epístola nos hace en pocas palabras el retrato de un hombre espiritual, cual debe ser todo verdadero fiel. El Evangelio nos enseña el buen uso que debemos hacer para el cielo de los bienes terrenos; y con el ejemplo de un mayordomo infiel, pero industrioso y adver-